

Cuando el chico llegó á cumplir los veinte, pasaba en el ánimo del rico indiano algo que le hacía soñar más de lo conveniente. Oía, aunque muy á lo lejos, ciertos rumores extraños, y aspiraba en el aire reposado y tranquilo de la plaza efluvios de un olor que le era desconocido. Leía que en el extranjero viajaban al vapor hombres y mercancías, y que alguna plaza española se había dejado seducir ya por la tentación innovadora. Verdad es que Santander, excepción hecha de las diligencias que años antes se habían establecido, se hallaba en la misma patriarcal tranquilidad en que la dejó él para ir á América y la halló á su vuelta; que su comercio seguía tan rutinario como entonces; que en su exterioridad no revelaba, ni al más avaro, que servía de albergue á una comunidad de capitalistas cuya justa reputación de tales daba ya la vuelta al mundo; y, en fin, que la procesión de carretas cargadas de harina que diariamente asomaba la cabeza por Becedo, lejos de disminuir en longitud, llegaba con la cola hasta Reinosa; pero que afuera pasaba algo, y algo muy grave, era evidente; que ese algo amenazaba la quietud tradicional de Cantabria, estaba bien á la vista. Y ¿qué sucedería en el caso probable de una invasión? No podía él adivinarlo, porque no conocía al enemigo. Era, pues, in-

dispensable conocerle para resistirle si se podía, ó para aliarse á él si valía la pena; y

—¡Vete con mil demonios á ver qué es *eso!*  
—dijo un día á su heredero.

Y éste marchó, bien recomendado, á Francia, Inglaterra y Alemania, á instruirse en todo cuanto cupiera en la jurisdicción de un comerciante «á la extranjera.»

Seis años se estuvo por allá el joven Regatera; y á su vuelta, presentándose con patillas muy largas, cuellos hiperbólicos y fumando en pipa, le recibió don Apolinar con una ansiedad indecible. El ruido extraño había ido en ese tiempo creciendo, y los efluvios impregnando toda la atmósfera de la plaza; el enemigo avanzaba rápido y hasta se dejaba ver en ella, y don Apolinar y los suyos eran notoriamente el blanco de la saña del invasor: el terreno se hundía bajo sus pies, y en todas partes estaban estorbando. Como á los cómicos viejos que hacen papeles de galán, se les toleraba á veces en obsequio á lo que habían sido; pero lejos de excitar el entusiasmo sus esfuerzos, inspiraban compasión.

Sus trajes, sus costumbres, su estilo, todo en ellos empezaba á ser raro; y el pueblo mismo, tan fiel hasta entonces á las exigencias del carácter de los viejos señores, ocultaba sus ruínas, lavaba su cara, ensanchaba sus calles y se

entregaba alegre y ufano al intruso. Decididamente no era la generación de don Apolinar, encanecida y achacosa, la que había de luchar contra aquel torbellino, ni de soportar siquiera su vertiginoso empuje sin perecer en él. De aquí la ansiedad con que Regatera recibió á su hijo al volver éste de «esos mundos de Dios,» como decía el pobre hombre cuando hablaba del paradero del expedicionario.

Ni el polvo del camino, como quien dice, le dejó limpiarse.

—Esta es mi fortuna limpia y saneada: *cinco millones y medio*, en buques, mercancías y onzas de oro. No eres lerdo ni calavera; pero de nada servirá tu prudencia si los demás te empujan; no me inspira fe vuestro porvenir, porque *eso* es más fuerte que todos vosotros; y como sería muy triste que después de pasar la vida amontonando talegas tuviera, de viejo, que comer de limosna, retiro del fondo el pico para mí, y te dejo el resto, que no es flojo. Buen provecho te haga y allá te las arregles, que, al cabo, para tí había de ser.

Dijo don Apolinar, y, enternecido, traspasó á las manos de su hijo el cetro de su adorado imperio.

## IV.

El modesto escritorio quedó radicalmente transformado desde el momento en que el nuevo jefe de la casa se posesionó de él. La caoba, la gutapercha y el aterciopelado papel sustituyeron al castaño, á la badana y á la deleznable cal de aquellos atriles, banquetas y paredones. Cayeron con estrépito los de la mazmorra, y en vez de la pesada caja que amparaban codiciosos, colocóse en el elegante improvisado gabinete, cerca del *bureau* señorial, un esbelto *coffre-fort*. Seis dependientes ágiles, alegres y tan elegantes como el principal, se distribuyeron en las respectivas funciones, incluso la de tenedor de libros, que dejó vacante el viejo de marras, mal avenido con los «títeres intrusos.» Barómetros de todas formas, tarifas de vapores y ferrocarriles en dorados marcamentos y mapas de todas las regiones del mundo, llenaban las paredes; prensas para todo cuanto antes ejecutaba la mano del escribiente ocupaban los rincones, y el voluptuoso sofá tapizado brindaba con su comodidad á cuantos esperaban el pago de una letra ó la contestación de un simple recado. Todas las demás minuciosidades del escri-

torio guardaban perfecta armonía con este tono. En el gabinete del *jefe*, pero fuera de su alfombrada tarima, se había colocado una butaca para don Apolinar, que, por afición, por interés propio y por necesidad (pues ya muy viejo y no sabiendo más que ser comerciante, se aburría en todas partes), la ocupaba casi todo el día, durmiendo á ratos, oyendo á veces y preguntando á menudo sobre lo que veía y escuchaba.

Giraba la casa bajo la razón de *Hijo de don Apolinar de la Regatera*, no por respeto cariñoso á la memoria del padre, sino en consideración al valor que su nombre de guerra tenía en el comercio de España y de toda América.

La calma, la reflexión hasta la pesadez, habían sido la expresión característica del espíritu mercantil del indiano; la vivacidad, la inquietud, la prisa hasta la ligereza, lo eran del de su hijo, como creía observar el primero hasta en los actos más triviales de las tareas del segundo.

—¿Londres?—decía lacónicamente un corredor entrando.

—¿Mucho?—le respondía el joven comerciante sin levantar la vista de su pupitre.

—Setecientas, ocho, once: aceptadas.

—¿A...?

—Redondo.

—Por París.

—¿Corto?

—Cuarenta.

—¿Vista?

—Fecha.

—¿Cambio?

—Veinte.

—Se andará. ¿Primeras *Riosecana* y *Flor de Arriba*?

—¿Para?

—Al quince: á diez y nueve y medio y diez y nueve y cinco octavos. Treinta mil.

—Sobre buena, diez y nueve y diez y nueve y cuartillo; dos meses, dos y medio: tres por ciento.

—Lo veré. ¿Nada más?

—Por aquí no.

Y se iba el agente y no le miraba siquiera el comerciante; y el que había encanecido siéndolo, se quedaba *in albis*.

En la correspondencia brillaba el propio laconismo. He aquí un modelo de los más explícitos que constaban, á media tinta, en el volumen no sé cuántos del copiador mecánico, ó de prensa:

«Muy S. r/m: En <sup>m</sup>/poder<sup>s</sup>/grata 1.º act. 1.; y silenciando puntos de conformidad, paso á decirle he desplegado de ella £ <sup>m</sup>/ 8 <sup>d</sup>/<sub>v</sub> <sup>c</sup>/Butifarra y C.<sup>a</sup>, de Barc.<sup>na</sup>, por

Rvon. 10.560,86 que, s. m. p., paso al crédito de  $\frac{1}{c}$ .

Impuestos de  $\frac{1}{c}$ /proposición estos Sres. Carpancho Herm.<sup>s</sup> que examinarán, contestándole directamente  $\frac{1}{c}$ /particular.

Para el mercado, me remito á la adjunta *Revista*, que desearé le aproveche.

De V. af.<sup>mo</sup> s. s. q. b. s. m.»

Y por firma había llevado esta carta un garabato que lo mismo podía decir *Hijo de don Apolinar de la Regatera, que Padre del sacristán de la Parroquia*.

No tardó el viejo indiano en advertir que este sistema eléctrico no era exclusivamente propio de su hijo, sino de toda «la clase,» y de que no se aplicaba sólo á los detalles mecánicos del escritorio, sino que servía de base al flamante espíritu mercantil.

Se había hablado tiempo hacía de la necesidad de dotar á Castilla de un puerto de mar, y se había demostrado que este puerto debía ser el de Santander, uniendo la comunicación entre ambas regiones con una línea férrea, en lugar de las tradicionales reatas de mulos y carros del país. El plan era vasto y costosísimo; pero como debía ser reproductivo en extremo, se había aceptado con regocijo.

Llegó la ocasión de acometer la empresa, y

don Apolinar vió con susto á su hijo trocar pilas de reverendas peluconas por algunas resmas de papel pintado. Poco después ofrecían al accionista una *prima* considerable por la cesión de sus títulos, pero esperando sacar de ellos en *el día de mañana* utilidades más pingües, desechó la oferta.

El mecanismo de cobros y pagos era engorroso, y el dinero, quieto en la caja, ni estaba seguro ni ganaba; además, el porvenir del comercio eran las sociedades de crédito. En consecuencia se formó una, y de ella fué el principal accionista el hijo de don Apolinar. Con parte de las onzas amontonadas por su padre pagó las acciones, y el resto le envió á la caja de la sociedad, que le abrió en el acto una cuenta corriente. A los pocos días de cubierto el cupo de la emisión, hubo la indispensable oferta de *prima* á los tenedores y la consabida resistencia de éstos, en espera siempre de mejor ocasión.

Los desairados en el reparto de las dos gangas anónimas, habiendo tomado ya el gusto al papel, formaron capítulo aparte y echaron á la plaza nuevas resmas de otra sociedad que se creaba para esto y para lo de más allá.

Tragóse también este cebo como pan bendito, cubrióse el cupo en breve, solicitáronse con *prima* las acciones y quedóse con las mu-

chas que tenía el joven Regatera esperando «el día de mañana.»

Hubo también esta vez envidiosos de la suerte de los accionistas primitivos, y «allá va, dijeron, esa lluvia de papeles de una sociedad de crédito que fundamos para explotar aquello, y lo otro y lo de más acá.» Y también se cubrió el cupo, y también se ofreció la acostumbra prima, y también la rehusó nuestro comerciante, metido como el que más en esta cuarta asociación anónima.

Y como al último lo que se buscaba era lisa y llanamente la *primada*, surgían proyectos de nuevas sociedades detrás de cada esquina, no parándose nadie en el objeto á que decían destinarse, porque no habían de llegar á constituirse siquiera.

Algo de esto quería hacer con las mercancías el hijo de don Apolinar. Agotadas las de su casa y comprometidas las de la plaza, dióse á vender harinas que aún no se habían molido, trigos que no se habían sembrado.

El negocio era bueno si en el día prefijado para la entrega el precio de la mercancía era más bajo que el estipulado; pero si sucedía lo contrario, calculen ustedes lo que podía costarle la arriesgada operación.

Después no se contentó con esto: importándoles á él y al comprador muy poco la forma-

lidad material de la entrega de lo vendido, suponían una á fecha y precio convenidos, y se comprometían á abonarse respectivamente la diferencia de más ó de menos, según que jugaran al alza ó á la baja, partiendo del tipo prefijado.

—Pero, hombre—decía en estos casos el viejo Regatera:—para eso, más te valdría jugarlo á una carta ó á cara ó cruz; á lo menos abreviarías la agonía que necesariamente sufres viendo durante meses enteros pender de una casualidad la mitad de tu fortuna.

Y el hijo se sonreía con desdén, y el padre se aterraba.

Porque no perdiendo ripio de cuanto pasaba en su derredor, veía que de aquéllos sus positivos caudales no quedaba ni señal; que su hijo los había trocado por cifras que cada día iban perdiendo una parte considerable de su valor real; que tenía los cartapacios atestados de este papel y de otros, representando grandes sumas sin más garantía que las firmas de los respectivos deudores, tan empapelados con el acreedor de quien ellos, á su vez, tenían no flojo montón de obligaciones; presumía que toda la plaza se hallaba lo mismo, y era evidente para él que una sola piedra que se desprendiese del inseguro edificio le haría desmoronarse hasta los cimientos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

10485

—¿No te asusta esta situación?—decía á su hijo.

—Al contrario: me deleita,—respondía el iluso.

—Pero ¿y tu dinero?

—Aquí está centuplicado.

—En papeles.

—Que valdrán mañana montes de oro; y en prueba de la fe que en ello tengo, acabo de comprar más acciones de la sociedad Tal...

—Acciones que, como todas las que tienes, valen hoy un treinta por ciento menos de lo que te costaron.

—Pero como han de subir necesariamente en su día, compro más para ganar más.

—¿Y si no suben?

—¡Bah!

—Y si, concediéndote que se cumplan tus esperanzas, te ocurriese en el ínterin un apuro de los que te acarrearán á cada paso tu juego favorito de las diferencias y otros por el estilo, ¿qué sería de tí?

—¿Y los recursos del crédito?

—¡Si tienes echado á la plaza cien veces más del que puedes sufrir!

—Juzgando con el viejo criterio mercantil, yo lo creo.

—¡El viejo criterio!... el viejo... ¡ingratos! ¡El viejo os amontonó esos caudales que apenas

veo por ninguna parte; el viejo criterio os legó con ellos un crédito bien fundado, que estáis destruyendo miserablemente!

—Para edificar.

—¿En dónde?

—En todas partes: hemos creado un pueblo; hemos dado la vida al cadáver del país entero.

—Habéis echado la casa por la ventana, y nada más.

—Aun así, por generosa fuera justificable nuestra conducta.

—No hay generosidad en arrojar la hogaza cuando no se está seguro de no tener que salir después á mendigar un mendrugo de ella.

—En todo caso, ¿quién se opone á la corriente?...

—La prudencia, el viejo criterio.

—No pudo resistirla y abandonó el campo.

—A una generación más joven, para que con sus bríos y nuestra experiencia utilizase lo bueno del actual sistema; no sus errores, no sus delirios. Eso queríamos y eso han hecho los únicos que en este desconcierto que á tí te arrolla, marchan con pie firme al término que se han propuesto.

—Ya veremos qué camino es el mejor, si el de ellos ó el mío.

—Yo lo tengo bien visto ya. El tuyo es el de la perdición; el otro todo lo contrario.

Y en esto, yo no sé qué aires soplaron en Castilla, que, trasponiendo las cumbres de Reinosa, bajaron al valle, y á su contacto se bamboleó la piedra en que espantado pensaba don Apolinar, y todas las del edificio se removieron: todas, menos unas pocas adheridas aún á la argamasa rancia que sabían batir los viejos comerciantes. El temor de una catástrofe produjo un pánico indescriptible. Hasta entonces las de este género se contaban en Santander como hechos fenomenales, y el temor de que pudiera realizarse una quitaba el sueño todavía á los menos aprensivos y más asegurados.

Al mismo tiempo, las cajas de aquellas sociedades que habían de realizar tantos prodigios, lejos de dar, pedían hasta por Dios, para no fenecer de hambre, consumido ya cuanto en ellas se había depositado; suceso que, como es lógico, se dejó sentir en todas las carteras de la plaza, que mermaron en más de tres cuartas partes del valor del papel que atesoraban. Del vacío resultante vino el desequilibrio natural, y por consiguiente, el desencadenamiento de la tempestad, que á los primeros embates dió en tierra con la vacilante piedra, la cual se llevó consigo cuantas se hallaban en su inmediato contacto. ¡Allí fué el crujir de los dientes y el temblar de la voz y el

maldecir de aquel engrudo que ningún apoyo prestaba á los removidos sillares que trataba de sostener; allí fué el buscar el barro que representaba y por el cual se había trocado en mejores días, y allí fué el negarse los que le tenían á dar una mala paletada de él por todo el inútil fascinador amasijo!

Y siempre creciendo el vacío y cada vez más furiosa la tormenta y más desamparado el edificio, crugió todo él y al cabo se desplomó con horrible estrépito, pereciendo entre sus ruínas hasta el último ochavo, y algo más, del hijo de don Apolinar de la Regatera.

Éste, que creyó poder presenciar el desastre con sereno valor, al ver entre sus escombros destacarse incólume la parte que había encomendado su seguridad al viejo cemento, sintió en su pecho tan vivamente la elocuencia del contraste, aquella palpable confirmación de su sistema, que reventó en el acto, de despecho, de pena, de desesperación... y de viejo.

## V.

Hijo del egoísmo el tal sistema, había reinado muchísimos años sobre la plaza sin extenderla un palmo, sin fijar un adoquín en sus angostas calles y sin salir del paso de sus re-

cuas de mulos; pero atesorando enormes positivos caudales que llevaban la abundancia desde el hogar del propietario al sotabanco del bracero. Hijo el otro del entusiasmo, lanzóse á la calle, destruyó lo viejo, removi6 la tierra, repar6, cre6 y combin6; y hubo un instante en que pareció anegarse el país en la abundancia; en que el *confort* llegó hasta el fregadero y creyó el más pobre que había caído de pie en mitad de la famosa Jauja; pero no se echó de ver que los recursos que desalentadamente iba creando el delirio de la ambición, no podían con el peso de las necesidades que de los mismos se desprendían; que, como muchas sustancias de la naturaleza, el crédito, en dosis prudentes, es elemento de la vida, y en exageradas proporciones t6sigo violento; y sucedió el marasmo á la efervescencia, la penuria á la abundancia, el duelo á la alegría y el remordimiento á tanta ilusión deslumbradora.

Sin embargo, pródigo el hijo de don Apolinar, aún le sirve de alivio, en medio de su desgracia, la contemplación de la obra que contribuy6 á su ruína, y mira, con cierto orgullo justificable, la parte que de sus actuales bellezas y comodidades le debe su pueblo. Avaro el padre, en idéntica situación, en su tiempo, nada encontraría que poner enfrente de su imagina-

ción sino el recuerdo desesperante de su perdido tesoro.

Lo cierto es que con los generosos instintos del uno y la reflexiva parsimonia del otro, podía haberse hecho una mezcla de peregrinos resultados; pero también es verdad que si el hombre se colocara una vez siquiera en el justo medio de la razón, esa vez haría traición á una de las más esenciales condiciones de su naturaleza: el equivocarse en la mitad, por lo menos, de todo lo que cavila y ejecuta.

